

BEATO LUCIEN BOTOVASOA (1908-1947)

Lucien Botovasoa nació en 1908 en Vohipeno, un pequeño pueblo en la costa sudeste de Madagascar, en la diócesis de Farafangana, a más de 1.000 kilómetros de Antananarivo, la capital. Sus padres eran agricultores pobres, como muchos otros en esta región, siempre a merced de los riesgos climáticos. Siguieron la religión tradicional, pero fueron de mente abierta. Cuando los aldeanos descubrieron la fe cristiana, muchos se convirtieron y pidieron el bautismo. Entre ellos estaba también Lucien Botovasoa, bautizado el 15 de abril de 1922, Sábado Santo, a la edad de 13 años; fue bautizado antes que sus padres, que se convirtieron a la fe cristiana mucho más tarde. Lucien Botovasoa fue confirmado el año siguiente, el 2 de abril de 1923. Desde la infancia, Lucien deseaba vivir su fe con compromiso y seriedad.

El ideal de vida de Lucien fue el de ser un buen cristiano, apóstol de Jesús en el corazón del mundo. Lo que más caracterizó el martirio de Lucien fue su amor por sus compatriotas y por sus perseguidores. No es una coincidencia que lo llamasen Rabefihavanana, el reconciliador.

Siguiendo el lema de los padres jesuitas, *Ad maiorem Dei gloriam*, Lucien Botovasoa estudió en Ambzontany Fianarantsoa, en el Colegio San José, durante cuatro años. Allí obtuvo el título de magisterio, que le permitiría ejercer la docencia y regresar a Vohipeno como subdirector de la escuela parroquial y docente. En su nuevo destino continuó con sus ansías de leer y aprender de todo. Fue un maravilloso educador y un maestro excepcional, competente, concienzudo y gran entusiasta explicando todas las materias escolares a los alumnos, siempre con claridad y dulzura. Pero también, como maestro cristiano, se preocupó siempre de la educación religiosa de

los niños, a quienes enseñó el catecismo tanto durante el horario escolar como después de las clases. Todas las tardes, después de la escuela, leía las historias de los santos a aquellos que lo deseaban. Pero lo que más le gustaba eran las vidas de los mártires: sabía contarlas, a quienes lo escuchaban, con un fervor tan especial que enardecía los corazones.

El 10 de octubre de 1930 Lucien se casó por la iglesia con Suzanne Soazana y tuvieron ocho hijos, de los cuales solo cinco sobrevivieron. Lucien amaba a sus hijos, los educaba y les enseñaba a orar. Pero también pasó mucho tiempo cuidando a los hijos de los demás, visitando a los enfermos, enseñando por la noche, animando a varios grupos: el de los Cruzados del Corazón de Jesús, al que se había unido, la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús y los jóvenes católicos de Madagascar. Suzanne, en su casa, tenía mucho trabajo que hacer: le habría gustado que su esposo dejara el trabajo de maestro para convertirse en contable. Pero Lucien continuó prestando sus servicios, con alegría y generosidad, a la formación en la vida cristiana. El lugar donde se le veía más a menudo era siempre la iglesia. Lucien tocaba el armonio y dirigía el coro, no solo durante la misa dominical, sino también todas las mañanas en la misa de las seis.

Alrededor de 1940, buscando un libro sobre la vida de un santo casado para tomarlo como modelo, Lucien Botovasoa descubrió la Tercera Orden Franciscana (desde 1978, la Orden Franciscana Seglar) y estudió la Regla. Con Marguerite Kembarakala, quien lo había formado en la fe, estableció una primera comunidad de hermanos en Vohipeno. La regla era muy exigente y Lucien la aplicó a la letra. Lucien Botovasoa comenzó a destacarse en la piedad y la pobreza. Cada noche se levantaba varias veces para orar arrodillado a los pies de la cama, y después iba a la iglesia a las seis para hacer una hora de meditación ante el tabernáculo. Los miércoles y los viernes animaba la comida familiar, pero, siguiendo la regla, ayunaba, provocando así el descontento de Suzanne.

En octubre de 1945 y después en junio de 1946, se celebraron las elecciones políticas en Madagascar. Los dos partidos políticos querían tener a Lucien Botovasoa como su candidato. Pero Lucien rechazó categóricamente

su invitación, denunciando que: «Vuestra política se alimenta de mentiras y solo podrá terminar con derramamiento de sangre».

El 30 de marzo de 1947, domingo de Ramos, Lucien, mientras estaba participando en la santa misa, por sugerencia de su padre, tuvo que seguir a su hermano en el bosque. Los dos se refugiaron allí cuando los insurgentes atacaron la ciudad. Los combates duraron hasta el miércoles. Las masacres en manos del partido de los desheredados de Madagascar ensangrentaron la Semana Santa. El resultado fue una masacre total, con 18 iglesias y 5 escuelas quemadas. Naturalmente, el domingo de Pascua no fue posible celebrar la Eucaristía en la iglesia parroquial. El segundo domingo de Pascua, Lucien regresó a la ciudad después de haber llevado a su familia a un lugar seguro en el bosque. Aquí logró reunir a todos los refugiados en una oración común, en la que participaron católicos, protestantes y musulmanes. Lucien comentó el Evangelio e instó a todos a revivir su fe y tener el coraje de afrontar el martirio en caso de que fuese necesario. Hablaba y animaba los cantos con gran vitalidad y con una alegría intensa.

El 16 de abril de 1947 el rey Tsimihono, responsable local del Movimiento Democrático de Renovación de Madagascar (MDRM), convocó a todos para expulsar de la ciudad a los enemigos del partido, incluido Lucien Botovasoa. El jueves 17 de abril, el rey propuso una tarea clave para Lucien Botovasoa: le pidió que se convirtiera en el secretario del MDRM. Mientras tanto, Lucien le había avisado a su esposa de que lo condenarían. Suzanne habría querido que se escondiese, pero Lucien se negó y, tomando de la pared una foto de san Francisco, dijo: «Él me guiará».

Después de un almuerzo tranquilo con su familia y tras la oración, Lucien respondió a los que habían venido a arrestarlo sin la menor vacilación: «Estoy listo», y se entregó sin la menor resistencia. Sabía que iba a morir y cuando lo llamaron, se adelantó. Sentado a la derecha del rey, en el lugar de honor, dijo en voz alta: «Sé que me vas a matar y no puedo oponerme. Si mi vida puede salvar a otros, no dudes en matarme. Lo único que te pido es que no toques a mis hermanos».

Si hubiese aceptado el cargo de secretario del MDRM, habría salvado su vida. Pero él respondió: «Vosotros matáis, quemáis las iglesias, prohibís la oración, pisoteáis los crucifijos y destruís las imágenes sacras, los rosarios y los escapularios, queréis profanar nuestras iglesias, convirtiéndolas en salones de baile, el vuestro es un trabajo sucio. Sabed que la religión es muy importante para mí: no puedo trabajar para vosotros». Una treintena de muchachos de Ambohimanarivo, en su mayoría antiguos alumnos suyos, lo acompañaron hasta el matadero, lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones, en la salida sur de la ciudad, en un lugar llamado Ambalafary. Lucien dijo: «Decid a mi familia que no llore, porque soy feliz. Es Dios quien me lleva con él. Que vuestros corazones nunca abandonen a Dios». Caminaba como un hombre libre, como un vencedor.

El grupo de muchachos llegó al lugar de ejecución. Tres hombres designados por el rey ya estaban allí. El séquito, para llegar hasta allí, tenía que cruzar un canal. Antes de pasarlo, Lucien pidió que lo dejaran rezar y se lo concedieron. «Dios mío, perdona a mis hermanos, que ahora tienen una tarea difícil de afrontar. Que mi sangre sea derramada por la salvación de mi patria». Lucien repitió varias veces estas palabras. También oró en latín, y tal vez entonó el canto de Cuaresma que tanto amaba: «Perdona a tu pueblo, Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor, haz que tu ira no permanezca para siempre sobre nosotros».

Después quisieron atarle las manos, pero él se negó. «No me atéis para matarme. Me ato yo solo». Y cruzó sus muñecas una encima de la otra, sosteniendo en sus manos la cruz del rosario que llevaba en el cuello. Después se puso de rodillas y rezó de nuevo, repitiendo las palabras ya dichas: «Perdona a tu pueblo, Señor, perdona...». En primer lugar, perdonó a los verdugos e intercedió por ellos, mientras que aquellos se burlaban de él: «Tu oración es demasiado larga. ¿Crees que te salvará?». Y algunos de ellos que habían permanecido al otro lado del canal seguían gritando e insultándolo. Pero Lucien respondió: «No he terminado. Dejadme todavía un momento más». Levantó sus manos al cielo y se postró tres veces en el suelo, como Jesús durante la pasión, y luego se volvió hacia ellos y les

dijo: «Ahora apresuraos ya, porque el espíritu está listo, pero la carne es débil». Mientras que los asesinos lo mataban se burlaban de la víctima: «Ahora vete a tocar tu armonio». Lapidado por amor a Cristo y a su Iglesia, su cuerpo fue arrojado al río Matitanana. Reconociendo su martirio y el testimonio de su fe, la Iglesia católica lo beatificó el 15 de abril de 2018 en Vohipeno (Madagascar).



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019